

debamos nosotros á tu intercesion la Divina gracia, á fin de que imitando tus virtudes en la tierra, y llorando nuestros pasados extravíos, seamos un dia tus compañeros en el cielo. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN ANTONIO ABAD.

Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.

Vuestra vida está escondida en Dios por amor á Jesucristo.

Ad Coloss. cap. III, v. 3.

¡Qué dias tan felices para la Iglesia de Jesucristo, aquellos primeros del cristianismo en los que ser cristianos era ser santos! No bien el hombre reconocia como santa y verdadera la doctrina del Crucificado, cuando reengendrado por el bautismo, puede decirse que moria al mundo para siempre, para vivir en Dios por amor á Jesucristo. Ora el cristiano hiciese pública su santidad predicando y combatiendo los errores; hasta concluir su carrera en los martirios, ora practicase su ley en la oscuridad y sin darse á conocer por sus virtudes, siempre su vida era pura, sus costumbres santas, sus acciones todas arregladas á las que prescribe el Evangelio. Pablo, aquel Apóstol de Jesucristo, tan celoso por estender su gloria, y que si no multiplicaba su presencia, atendia á todos los

fieles, enseñándolos, á unos con su predicacion fervorosa y á otros con sus escritos, nos declara esta verdad, en su carta dirigida á los fieles habitantes de Colossas: no habia estado el santo Apóstol en esta populosa ciudad, que habia sido reducida al conocimiento y fé de Jesucristo por su discípulo Epaphras; pero sabia que tanto los judaizantes como los discípulos de Simon Mago, trataban de sembrar errores de gran bulto entre los colossenses: por esta causa les dirige la carta que veneramos como canónica, dándoles en ella saludables instrucciones, y exhortándoles á que se revistan del espíritu de Jesucristo y de su Evangelio: «Si resucitásteis, les dice, con Cristo, es decir, si sois ya cristianos, comprended que ya estais muertos á las cosas del mundo, porque vuestra vida escondida en Dios por amor á Jesucristo: *vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.*

Y estas espresiones que el Apóstol dirigia á los colossenses, cuando fresca estuviera aun la sangre Divina que bañara el Gólgota, ¿no podré yo aplicarlas con razon al héroe del cristianismo, á quien celebramos en este dia, al fundador de la disciplina Monástica, al Patriarca de los anacoretas, al Maestro de los solitarios, al bienaventurado San Antonio Abad? Sí, ya le consideremos como ornamento de la soledad, ya como terror del infierno, á quien venció en crueles batallas, ora le observemos salir de su soledad lleno de celo para ser el azote del arrianismo, siempre será Antonio la admiracion del mundo, y el asombro de los siglos; siempre se reconocerá que su vida estuvo escondida en Dios por amor á Jesucristo.

Antonio Abad, oculto en el desierto por amor de su Dios, y saliendo del desierto para gloria del mismo Dios en la destruccion del arrianismo. Ved aquí la idea del presente discurso. En el desierto vence al infierno, saliendo victorioso de terribles y continuas batallas: fuera del desierto vuelve á triunfar del mismo infierno, destruyendo la heregía. En el desierto y fuera de él, siempre tuvo su vida oculta en Dios, por su amor á Jesucristo. *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.*

Imploremos la proteccion de la Reina de los Angeles, á fin de que interceda con el Señor, para que me comunique la gracia necesaria para elogiar dignamente á nuestro Santo, y para que su panegírico sea á mayor honra y gloria de Dios, y utilidad de los fieles que me favorecen con su atencion. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El sagrado libro del Génesis, donde está consignada la historia de la creacion, nos dice que la tierra estaba estéril y vacía, y que grandes tinieblas cubrian su superficie (1), y que el espíritu de Dios se cernia sobre las aguas. Estas espresiones no solo nos manifiestan el estado espantoso de la tierra en tiempo de la creacion, sino que forman tambien una profecía de aquel en que se habia de encontrar el mundo á la venida del Redentor. Considerad, señores, el estado de la sociedad en la época memorable en que consumado el cruento sacrificio del Calvario, sube Jesucristo á los cielos, y deja encomendada á sus

(1) Terra autem inanis et vacua, et tenebræ erant super faciem abyssi. Et Spiritus Dei ferebatur super aquas. Gen. c. 1. v. 2.

discípulos la conversion del mundo. Bien puede decirse, al narrar esta época, que la tierra estaba cubierta de grandes tinieblas. Pero el Espíritu Santo tambien entonces puede decirse que se cernió sobre ella. Descendió sobre el colegio apostólico, é iluminados y santificados aquellos fieles discípulos de Jesucristo, se preparan para hacer resonar de uno á otro polo la trompeta del Evangelio. ¡Qué obra mas difícil el conquistar el mundo, si no fuera obra de Dios! En el momento en que los Apóstoles se preparan para su empresa, los mayores errores estaban extendidos por el mundo; se levantaban altares á los vicios, el orden moral era un abismo de perdicion, y el político un caos de desorden, de confusion, una anarquía completa. Empero, registrad con atencion la historia del nacimiento del cristianismo y sus progresos, y al ver á Pablo, que de perseguidor de la Iglesia se convierte en Apóstol, y de vaso de errores queda trocado en vaso de eleccion; al ver á Mateo el publicano predicando á Jesucristo y escribiendo el Evangelio, al tímido Pedro que por miedo negara á su Maestro, intrépido y celoso por defender y estender su doctrina; al ver tantos miles de cristianos de toda edad y sexo, que despreciando los mayores y mas crueles martirios, vencen esforzados, vertiendo su sangre por conseguir la gloria; al ver, en suma, que los cristianos de los primeros siglos preferian la pobreza á las riquezas, los trabajos á la vida muelle, el perdonar las injurias á las venganzas, el socorrer á los mismos enemigos antes que verlos tranquilos perecer en sus necesidades, no podreis menos de exclamar llenos de admiracion y con lágrimas de alegría: ¡Oh Religion Divina! ¡Oh Evan-

gelio Santo! ¡Oh código sagrado de nuestras leyes religiosas! Tú descendistes del cielo, y solo en tu observancia podremos ser felices.

En efecto, señores: ¡Qué bello y admirable es el jardin de la Iglesia! Para alentar nuestra tibieza, y que conozcamos de una vez que en todos los estados podemos dedicarnos al servicio de Dios, y que son diversos los caminos que pueden conducirnos á la santificacion, ya nos presenta jóvenes que en la flor de su edad, en la primavera de su vida, se entregaron al martirio, antes que hollar la ley de Jesucristo; ya á otros santificándose en medio de la sociedad por el cumplimiento de sus obligaciones y la observancia de la ley. Aquí nos presenta predicadores celosos y ejemplares que con la práctica de las virtudes consiguieron la corona de confesores de la Religion: allí, para hacernos ver que no es imposible practicar los consejos del Evangelio, y que el camino de la perfeccion es el desprendimiento de todas las cosas de la tierra, nos recuerda la vida de aquellos varones insignes, que habiendo conocido que la vida del cristiano debe ser una preparacion para la muerte, se retiraron á los desiertos para vivir una vida escondida en Jesucristo su Dios, estando muertos para el mundo. A esta clase pertenece nuestro santo, cuya fiesta viene hace muchos siglos celebrando la Iglesia en este dia.

Antonio Abad, escogido por Dios para astro luminoso de la Iglesia, nació á mediados del siglo III, gobernando el Imperio de Roma el emperador Decio, y nació para vivir mas de un siglo en la práctica de la virtud. Nada importa que él sea descendiente de casa rica y opulenta, ni que se vea rodeado de gran-

deza en sus primeros dias. No bien llega á la edad de la reflexion, cuando lejos de dedicarse al estudio de las ciencias profanas, empieza dice San Atanasio, á estudiar el cristianismo y la virtud (1); y no fué tan superficial su estudio, que la virtud no se apoderase prontamente de su tierno corazon: mira desde entonces sin aficion las riquezas, determinando desprenderse de cuanto pudiera pertenecerle, y seguir á Jesucristo por el camino de la cruz, por la senda de la humillacion y la pobreza. Su modestia y su respeto en las iglesias, su frecuente oracion, su docilidad y tierna devocion, presagios eran de la santidad eminente á que con el tiempo habia de llegar.

Huérfano Antonio, cuando solo contaba veinte años de edad, se halló heredero de los cuantiosos bienes de sus padres, sin otro cargo que el de cuidar de una hermana menor. No se enorgulleció por verse rico en tan tierna edad, ni le sirvieron los bienes para caminar sin brújula ni guia por la Babilonia del mundo, entregado á los placeres, dormido en los vicios hasta despertar en la ruina, como por lo comun sucede á los jóvenes, en cuyas manos caen ricas herencias, cuando carecen de esperiencia y conocimiento del mundo. Por el contrario, Antonio se vé solo, sin padres ni superiores, y solo piensa en el modo de unirse á Dios para siempre. Continuamente fijaba su atencion en el heroismo de los Apóstoles y de los cristianos de los primitivos tiempos de la Iglesia, y al leer aquel desprendimiento con que renunciaban cuanto poseian por seguir á Jesucristo, se anardecia en el deseo de hacer lo mismo.

(1) Athan. in vita Ant. c. I.

Entró un dia en la Iglesia á tiempo que se leia aquel lugar del Evangelio en que Jesucristo dice á un rico: *Si quieres ser perfecto, vé y vende todo lo que tienes y hallarás un tesoro en el cielo.* Bastó esto para que Antonio acabase de resolverse. Creyó que no por casualidad habia oido aquellas palabras, sino que Dios le habia conducido al templo para que las aprendiese y pusiese en práctica. No titubeó un momento. Inspirado por el espíritu Divino puso en práctica el consejo del Evangelio. En el momento vendió cuanto poseia repartiéndolo entre los pobres, y poniendo á su hermana al cuidado de unas virtuosas mujeres, se retiró á un sitio no muy distante del pueblo, para libre de los cuidados que traen consigo los bienes de fortuna, entregarse al amor y servicio de su Dios.

Esta resolucion de Antonio, esta docilidad á seguir los consejos del Evangelio, es una elocuente leccion para nosotros. No creais que al deciros esto, voy á exhortaros, señores, á que abandoneis á vuestras familias, á que repartais vuestros bienes entre los pobres y os retireis de la sociedad como Antonio. No: esto no es un precepto, es sí tan solo un consejo del Evangelio. No á todos llama Dios para el retiro. Pero si digo que nuestro Santo nos dá una elocuente leccion con su resolucion, es porque en ella tenemos mucho que aprender. No nos obligan los consejos del Evangelio, es verdad, pero sí nos obligan los preceptos: podemos salvarnos sin renunciar cuanto poseemos, pero no podemos sin observar los mandamientos, sin practicar la caridad. Y cuantas veces oimos esto en los templos, cuantas ocasiones resuenan en nuestros oidos las palabras del Sacerdote, que nos dice que si no hacemos penitencia despues